

OSCAR Y MALVINA.

IMITACION DEL ESTILO DE OSIAN.

(A TALE OF THE TIMES OF OLD.)

LA DESPEDIDA.

Magnífico Morven, se alza tu frente
De sempiterna nieve coronada:
Al hondo valle bramador torrente
De tu cumbre enriscada
Se derrumba con ímpetu sonante,
Y zumba allá distante.
La lira de Osian resonó un día
En tu breñosa cumbre:
Tierna melancolía
Vertió en la soledad, y repetiste
Su acento de dolor, lánguido y dulce
Como el recuerdo del amante triste
De su amada en la tumba.
El eco de su voz clamando «guerra,»

Al rumor del torrente parecía,
Que en silencio retumba.
Aun figuro tal vez que las montañas
De nuevo esperan resonar su acento,
Cual, muda la ribera,
De las olas que tornan,
El ronco estruendo y el embate espera.
¿Dónde estás, Osian? ¿En los palacios
De las nubes agitas la tormenta,
O en el collado gira allá en la noche
Vagarosa tu sombra macilenta?
Siento tierno quejido,
Y oigo el nombre de Oscar y de Malvina
Del aura entre el rüido,
Si el alta copa del cipres inclina;
Y al resonar el hijo de la roca,
Cuando su voz se pierde
Cual la luz de la luna entre la niebla,
Mi mente se figura
Que escucho tus acentos de dulzura.
Miro al alcázar de Fingal cubierto
De innoble musgo y yerba,
Y en silencio profundo sepultado
Como la noche el mar, el viento en calma.
¿Do las armas están? ¿Dónde el sonido
Del escudo batido?
¿Do de Caril la lira delicada,
Las fiestas de las conchas y tu llanto,
Móina deseconsolada?
Blando el eco repite

Segunda vez el nombre de Malvina
Y el de su dulce Oscar; tiernos se amaron:
Gime en su losa de la noche el viento,
Y repite sus nombres que pasaron.

Oscar, de negros ojos: en las paces
Dulce su corazon como los rayos
Del astro bello precursor del dia;
Y fiero en la batalla de la lanza,
A la suya seguia
La muerte que vibraba su pujanza.

Llamó al héroe la guerra
Que el tirano Cairvar fiero traia,
Y su Malvina hermosa,
Tierno llanto vertiendo, le decia:
¿Dónde marchas, Oscar? Sobre las rocas,
Donde braman los vientos,
Me mirarán llorar mis compañeras:
No mas fatigaré, vibrando el arco,
Por el monte las fieras,
Ni á tí cansado de la ardiente caza
Te esperaré cuidosa,
Ni oiré ya mas la voz de tus amores,
Ni mi alma estará nunca gozosa.
«¿En dónde está mi Oscar?» á los guerreros
Preguntaré anhelante:
Y ellos pasando junto á mí ligeros
Responderán: «¡Murió!» Dice, y espira
En sollozos su acento, mas suave
Que del arpa el sonido,
Al vislumbrar la luna

El solitario bosque y escondido.

«Destierra ese terror, Malvina mia,
Oscar responde con fingido aliento;
«Muchos los héroes son que Fingal manda:
Caiga el fiero Cairvar y yo perezca,
Si es forzoso tambien; mas tú, Malvina,
Bella como la edad de la inocencia,
Vive, que ya destina
Himnos el bardo á eternizar mi gloria.
Mis hazañas oirás, y entre las nubes
Yo sonreiré feliz, y vagaroso
Allá en la noche fria

Bajaré á tu mansion: verás mi sombra
Al triste rayo de la luna umbría,
Y dice, y se desprende de los brazos
De su infeliz Malvina:
A pasos rapidísimos avanza,
Y á la llama oscilante
De las hogueras del extenso campo
Brillar se ven sus armas cual radiante,
Rápida exhalacion. Yace en silencio
El campamento todo,
Y solo al eco repetir se siente
El crujir al andar de su armadura,
Y el blando susurrar del manso ambiente.

Cual por nubes la luna silenciosa
Su luz quebrada envía
Trémula sobre el mar que la retrata,
Que ora se ve brillar, ora perdida,
Pardo vellon de nube la arrebatá,

Cielo y tierra en tinieblas sepultado;
Así á veces Oscar brilla y se pierde,
La selva atravesando.

EL COMBATE.

Cairvar yace adormido
Y tiene junto á sí lanza y escudo,
Y relumbra su yelmo
Claro á la llamarada reluciente
De un tronco carcomido,
Casi despojo de la llama ardiente,
Mitad de él á cenizas reducido.

«Levántate, Cairvar,» Oscar le grita;
«Cual hórrida tormentá
Eres tú de temer; mas yo no tiemblo;
Desprecio tu arrogancia y osadía;
La lanza apresta y el escudo embrazá;
Alzate pues, que Oscar te desafia.»

Cual en noche serena
Súbito amenazante, inmensa nubé
La turbulenta mar de espanto llena,
Se levanta Cairvar, alto cual roca
De endurecido hielo.

«¿Quién osa del valiente,
En voz tronante grita,
«Ora turbar el sueño? ¿y quién irrita
La cólera á Cairvar armipotente?»

«Vigoroso es tu brazo en la pelea,
Rey de la mar de aurirolladas olas,
Oscar de negros ojos le responde,

«Hará ceder tu indómita pujanza!»

Como el furor del viento proceloso
Ondas con ondas con bramido horrendo
Estrella impetuoso,
Los guerreros ardiendo se arremeten
Y fieros se acometen.

Chispea el hierro, la armadura suena;
Al rumor de los golpes gime el viento,
Y su son dilatándose violento,
Al ronco monte atruena.

Cayó Cairvar como robusto tronco
Que tumba el leñador al golpe rudo
De hendiente hacha pesada,
Y cayó derribada
Su soberbia fiereza,
Y su insolente orgullo y aspereza.

Mas ¡ay! que moribundo
Oscar yace tambien: ¡triste Malvina!
Aun no los bellos ojos apartaste
Del bosque aquel que le ocultó á tu vista,
Y del último adios aun no enjugaste

Las lágrimas hermosas,
 Tú mas dulce á tu Oscar que las sabrosas
 Auras de la mañana.
 Siempre sola estarás: si entre las selvas
 Pirámide de hielo
 Reverbera á la luna;
 En tu ilusion dichosa
 Figurarás tu amante,
 Pensando ver su cota fulgorosa:
 Pasará tu delirio,
 Y verterás el llanto de amargura
 Sola y desconsolada...
 «¡Ay! ¡Oscar pereció!» gemirá el viento
 Al romper la alborada,
 Y al ocultar el sol la sombra oscura
 De la noche callada.

AL SOL

HIMNO.

Pára y óyeme ¡oh soll! yo te saludo
 Y extático ante tí me atrevo á hablarte:
 Ardiente como tú mi fantasía,
 Arrebatada en ansia de admirarte,

Intrépidas á tí sus alas guía.
 ¡Ojalá que mi acento poderoso,
 Sublime resonando,
 Del trueno pavoroso
 La temerosa voz sobrepujando,
 ¡Oh soll! á tí llegara
 Y en medio de tu curso te parara!
 ¡Ah! si la llama que mi mente alumbra
 Diera tambien su ardor á mis sentidos;
 Al rayo vencedor que los deslumbra
 Los anhelantes ojos alzaria,
 Y en tu semblante fúlgido atrevidos,
 Mirando sin cesar, los fijaria.
 ¡Cuánto tiempo te amé, sol refulgente!
 ¡Con qué sencillo anhelo,
 Siendo niño inocente,
 Seguirte ansiaba en el tendido cielo,
 Y extático te veia
 Y en contemplar tu luz me embebecia!
 De los dorados límites de Oriente
 Que ciñe el rico en perlas Oceano,
 Al término sombroso de Occidente,
 Las orlas de tu ardiente vestidura
 Tiendes en pompa, augusto soberano,
 Y el mundo bañas en tu lumbre pura.
 Vívido lanzas de tu frente el dia,
 Y, alma y vida del mundo,
 Tu disco en paz majestuoso envía
 Plácido ardor fecundo,
 Y te elevas triunfante,

Corona de los orbes centellante.

Tranquilo subes del cenit dorado
Al regio trono en la mitad del cielo,
De vivas llamas y esplendor ornado,
Y reprimes tu vuelo:
Y desde allí tu fúlgida carrera
Rápido precipitas,
Y tu rica encendida cabellera
En el seno del mar trémula agitas,
Y tu esplendor se oculta,
Y el ya pasado día
Con otros mil la eternidad sepulta.

¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto
En su abismo insondable desplomarse!
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío
De imperios populosos disiparse!
¿Qué fueron ante tí? Del bosque umbrío
Secas y leves hojas desprendidas,
Que en círculos se mecen
Y al furor de Aquilon desaparecen,
Libre tú de tu cólera divina,
Viste anegarse el universo entero,
Cuando las aguas por Jehová lanzadas,
Impelidas del brazo justiciero
Y á mares por los vientos despeñadas,
Bramó la tempestad: retumbó en torno
El ronco trueno y con temblor crujieron
Los ejes de diamante de la tierra:
Montes y campos fueron
Alborotado mar, tumba del hombre.

Se estremeció el profundo;
Y entónces tú, como señor del mundo,
Sobre la tempestad tu trono alzabas,
Vestido de tinieblas,
Y tu faz engreías,
Y á otros mundos en paz resplandecías.

Y otra vez nuevos siglos
Viste llegar, huir, desvanecerse
En remolino eterno, cual las olas
Llegan, se agolpan y huyen de Océano,
Y tornan otra vez á sucederse;
Mientras inmutable tú, sólo y radiante
¡Oh sol! siempre te elevas,
Y edades mil y mil huellas triunfante.

¿Y habrás de ser eterno, inestinguible,
Sin que nunca jamás tu inmensa hoguera
Pierda su resplandor, siempre incansable,
Audaz siguiendo tu inmortal carrera,
Hundirse las edades contemplando,
Y solo, eterno, perenal, sublime,
Monarca poderoso, dominando?
No; que también la muerte,
Si de léjos te sigue,
No ménos anhelante te persigue.
¿Quién sabe si tal vez pobre destello
Eres tú de otro sol que otro universo
Mayor que el nuestro un día
Con doble resplandor esclarecía!!!
Goza tu juventud y tu hermosura,
¡Oh sol! que cuando el pavoroso día

Llegue que el orbe estalle y se desprenda
 De la potente mano
 Del Padre soberano,
 Y allá á la eternidad tambien descienda,
 Deshecho en mil pedazos, destrozado
 Y en piélagos de fuego
 Envuelto para siempre y sepultado;
 De cien tormentas al horrible estruendo,
 En tinieblas sin fin tu llama pura
 Entónces morirá: noche sombría
 Cubrirá eterna la celeste cumbre:
 Ni aun quedará reliquia de tu lumbre!!!

CANCIONES.

LA CAUTIVA.

Ya el sol esconde sus rayos,
 El mundo en sombras se vela,
 El ave á su nido vuela,
 Busca asilo el trovador.
 Todo calla: en pobre cama
 Duerme el pastor venturoso;
 En su lecho suntuoso
 Se agita insomne el señor.

Se agita; mas ¡ay! reposa
 Al fin en su patrio suelo;
 No llora en mísero duelo
 La libertad que perdió:
 Los campos ve que á su infancia
 Horas dieron de contento,
 Su oído halaga el acento
 Del país donde nació.

No gime ilustre cautivo
Entre doradas cadenas,
Que si bien de encanto llenas,
Al cabo cadenas son.

Si acaso triste lamenta,
En torno ve á sus amigos,
Que, de su pena testigos,
Consuelan su corazon.

La arrogante erguida palma
Que en el desierto florece,
Al viajero sombra ofrece,
Descanso y grato manjar:

Y, aunque sola, allí es querida
Del árabe errante y fiero,
Que siempre va plácentero
A su sombra á reposar.

Mas ¡ay triste! yo cautiva,
Huérfana y sola suspiro,
En clima extraño respiro,
Y amo á un extraño tambien.

No hallan mis ojos mi patria;
Humo han sido mis amores;
Nadie calma mis dolores;
Y en celos me siento arder.

¡Ah! ¿Llorar? ¿Llorar? no puedo
Ni ceder á mi tristura,
Ni consuelo en mi amargura
Podré jamás encontrar.

Supé amar como ninguna,
Supé amar correspondida;
Despreciada, aborrecida,
¿No sabré tambien odiar?

¡Adios, patria! ¡adios, amores!
La infeliz Zoraida ahora
Solo venganzas implora,
Ya condenada á morir.
No soy ya del castellano
La sumisa enamorada:
Soy la cautiva cansada
Ya de dejarse oprimir (1.)

CANCION DEL PIRATA.

Con diez cañones por banda,
Viento en popa á toda vela
No corta el mar, sino vuela
Un velero bergantin:
Bajel pirata que llaman
Por su bravura el *Temido*,

(1) Esta cancion tambien se insertó en la citada novela de Sancho Saldaña.

En todo mar conocido
Del uno al otro confin.

La luna en el mar riela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul;
Y ve el capitán pirata,
Cantando alegre en la popa,
Asia á un lado, al otro Europa,
Y allá á su frente Stambul (1.)

«Navega, velero mío,

Sin temor,
Que ni enemigo navío,
Ni tormenta, ni bonanza
Tu rumbo á torcer alcanza,
Ni á sujetar tu valor.

«Veinte presas
Hemos hecho
A despecho
Del inglés,
Y han rendido
Sus pendones
Cien naciones
A mis piés.

«Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,

(1) Nombre que dan los turcos á Constantinopla.

Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.

«Allá muevan feroz guerra
Ciegos reyes
Por un palmo más de tierra:
Que yo tengo aquí por mío
Cuanto abarca el mar bravío,
A quien nadie impuso leyes.

«Y no hay playa,
Sea cual quiera,
Ni bandera
De esplendor,
Que no sienta
Mi derecho,
Y dé pecho
A mi valor.

«Que es mi barco mi tesoro. . .

«A la voz de «¡barco viene!»
Es de ver.

Como vira y se previene
A todo trapo á escapar:
Que yo soy el rey del mar,
Y mi furia es de temer,

«En las presas
Yo divido
Lo cogido
Por igual:

Solo quiero
 Por riqueza
 La belleza
 Sin rival!

«Que es mi barco mi tesoro,

«Sentenciado estoy á muerte!

Yo me rio;
 No me abandone la suerte,
 al mismo que me condena
 Colgaré de alguna entena,
 Quizá en su propio navío.

«Y si caigo,
 ¿Qué es la vida?
 Por perdida
 Ya la di,
 Cuando el yugo
 Del esclavo,
 Como un bravo,
 Sacudí.

«Que es mi barco mi tesoro...

«Son mi música mejor
 Aquilones:

El estrépito y temblor
 De los cables sacudidos,
 Del negro mar los bramidos
 Y el rugir de mis cañones.

«Y del trueno
 Al son violento,
 Y del viento
 Al rebramar,
 Yo me duermo
 Sosegado,
 Arrullado
 Por el mar.

«Que es mi barco mi tesoro,
 Que es mi Dios la libertad,
 Mi ley la fuerza y el viento,
 Mi única patria la mar.

EL CANTO DEL COSACO

Donde sienta mi caballo los piés
 no vuelve á nacer yerba.
Palabras de Attila.
 ¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
 La Europa os brinda espléndido botín:
 Sangrienta charca sus campiñas sean,
 Le los grajos su ejército festin.

¡Hurra! ¡a caballo, hijos de la niebla!
 Suelta la rienda, á combatir volad:
 ¿Veis esas tierras fértiles? las puebla
 Gente opulenta, afeminada ya.

Casas, palacios, campos y jardines,
 Todo es hermoso y refulgente allí:
 Son sus hembras celestes serafines,
 Su sol alumbrá un cielo de zafir.

¡Hurra, cosacos del desierto . . .

Nuestros sean su oro y sus placeres.
 Gocemos de ese campo y ese sol;
 Son sus soldados ménos que mujeres,
 Sus reyes viles mercaderes son.

Vedlos huir para esconder su oro,
 Vedlos cobardes lágrimas verter . . .
 ¡Hurra! volad: sus cuerpos, su tesoro
 Huellen nuestros caballos con sus piés.

¡Hurra, cosacos del desierto . . .

Dictará allí nuestro capricho leyes,
 Nuestras casas alcázares serán,
 Los cetros y coronas de los reyes
 Cual juguetes de niños rodarán.

¡Hurra! volad! á hartar nuestros deseos:
 Las mas hermosas nos darán su amor,
 Y no hallarán nuestros semblantes feos,
 Que siempre brilla hermoso el vencedor.

¡Hurra, cosacos del desierto . . .

Desgarraremos la vencida Europa
 Cual tigres que devoran su racion:

En sangre empaparemos nuestra ropa
 Cual rojo manto de imperial señor.
 Nuestros nobles caballos relinchando
 Regias habitaciones morarán;
 Cien esclavos, sus frentes inclinando,
 Al mover nuestros ojos temblarán.
 ¡Hurra, cosacos del desierto . . .

Venid, volad, guerreros del desierto,
 Como nubes en negra confusion,
 Todos suelto el bridon, el ojo incierto,
 Todos atropellándoos en monton.

Id en la espesa niebla confundidos,
 Cual tromba que arrebatá el huracan,
 Cual témpanos de hielo endurecidos
 Por entre rocas despeñados van.

¡Hurra, cosacos del desierto . . .

Nuestros padres un tiempo caminaron
 Hasta llegar á una imperial ciudad;
 Un sol mas puro es fama que encontraron,
 Y palacios de oro y de cristal.

Vadearon el Tibre sus bridones,
 Yerta á sus piés la tierra enmudeció;
 Su sueño con fantásticas canciones
 La fada de los triunfos arrulló.

¡Hurra, cosacos del desierto . . .

¡Qué! ¿No sentís la lanza estremecerse,
 Hambrienta en vuestras manos de matar?